



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 876.6

←PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN←

←CONDICIONES←

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7 1/2 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 1/2 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirige al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corre sponso les en Paris, A. Lorette, rue Oumartin, 61. y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31. y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

←LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CALLE MAYOR, 24←

SABADO 17 DE ENERO DE 1891.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero.

Varietad de los de mesas, pared y de pulseras.

Ex elegante taller de composiciones.

Cadenas, collantes y dijes.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

COMISION REPUBLICANA

Comité el claril.

En reunion celebrada el día 8 por este comité, se acordó que se constituya en el domicilio de la Acacia, plaza de San Agustín núm. 7; una comision permanente que actuará todos los días desde las 10 de la mañana y ante la cual podrán exponer sus quejas y hacer sus reclamaciones los electores pertenecientes a las fracciones republicanas.

Dicha comision está asesorada de letrados pertenecientes al partido republicano.

Cartagena 9 de Enero de 1891.—Por acuerdo del comité, el Secretario, B. Pico.

UNA ANECDOTA

DE

DON JOSE Y LERO.

Creemos que los lectores de EL Eco verán con gusto lo que copiamos a continuación del libro «Memorias de un setentón», escrita por D. Ramón Mesonero Romanos.

«La aristocracia nobiliaria, reducida entonces a la condición de servidora de palacio, no había abierto aun sus salones, no queriendo sin duda rivalizar entre sí, ni aspirar tampoco a la honra que no le hubiera sido dispensada—de recibir al Monarca en sus respectivos domicilios; pero uniéndose para festejar el carnaval y

obsequiar a SS. MM. celebraron magníficos bailes en la casa llamada de *Trastamara*, calle hoy de Isabel la Católica, en cuya planta baja había unas singulares y primorosas estancias, llamadas *las cuadras*, todas revestidas de grutescos y follages, y con grandes surtidores de agua en el centro, lo cual, combinando con una profusa y bien entendida iluminación, les daba un aspecto mágico y digno de las *Mil y una noches*, al par que los trages riquísimos y de todos los tiempos que vestía la aristocrática concurrencia producían un espectáculo encantador.

A ejemplo de esto, aunque con más modestas condiciones, formáronse en el carnaval de 1832 multitud de reuniones ó sociedades que celebraban sus bailes de máscaras en los salones del gran café de *Solis*, calle de Alcalá, donde hoy el teatro de Apolo; en los de *Santa Catalina*, *La Fontana* y *La Cruz de Malta*, y de las casas llamadas de *Abrantes*, calle del Prado y de *Santa Cruz*, calle de San Bernardino, con el entusiasmo que era de esperar de la privación que había estado el público durante diez años de esta grata diversión. Limitándome solo a la primera de estas sociedades, a que pertencí, diré que estaba compuesta de 150 suscritores de las clases más distinguidas y vitales de la población, y que para disponer estas fiestas con toda brillantez, se formó una Junta ó *Comité* en que figuraban los Sres. Peñalvez, Gutiérrez de la Torre, Escosura, Santoyo, Urbina y otros, y que en ella me tocó la suerte de ser designado como vocal depositario, honra especial, que por cierto me costó algunos sacrificios por ausentes ó rezagados.

Y aconteció una noche de baile—creo que era la del domingo de carnaval,—que estando en lo más animado de él, con la concurrencia de todo lo más distinguido de la corte, empezando por los infantes

D. Francisco de Paula y Doña Luisa Carlota, grandes, títulos y cortesanos, con toda la brillante juventud de la clase media, rivalizando todos en el lujo de los disfraces, en lo animado de los chistes y bromas y en el clasicismo de la danza—acertóse a presentarse en la sala, vestido de frac y con la cara descubierta, el actor *Valero*, el mismo que aun hoy ostenta sobre su frente tan preciados laureles.

Todo el mundo sabe el injusto desdén ó menosprecio en que hasta estos últimos tiempos se tuvo la profesión escénica; y lo que entonces quería decir un *cómico*, a quien se le negaba hasta el mezquino *Don*. Pues bien, en esta sociedad compuesta, como queda dicho, de palaciegos y personajes, chocó la arrogancia del actor y empezó un bisbeo general sobre esta incongruencia, que pasando a manifestaciones descorteses, y después a verdadera agresión contra el cómico que así se atrevía a hombrear con aquella sociedad, le fueron acosando con sus indirectas nada benévolas y empujándole hacia la puerta, hasta que le obligaron a salir del salón. Indignado, como es natural, el actor ultrajado, corrió al Teatro del Príncipe, donde a la sazón se hallaba el Rey y la Reina, y penetrando hasta su presencia, quejose amargamente del insulto que acababa de sufrir en una sociedad, compuesta en su mayor parte de personajes de la corte. Fernando, que en esta comen otras ocasiones no escrupulizaba en declararse en contra de sus propios servidores, habló al Corregidor Barrafon a fin de que arreglase este asunto a satisfacción del actor y he aquí la razón por la cual, hallándome yo durmiendo sosegadamente, a eso de las diez de la mañana del siguiente día me hallé con una cita del Corregidor, en que se me mandaba presentarme a S. S. inmediatamente.

Hicelo así, y el corregidor Ba-

rrafon, que desde la publicación reciente del *Manual de Madrid* me había tomado afecto, me dijo que siendo el único de los que componían la Junta del baile de Solís a quien conocía, me llamaba para averiguar que era lo que la noche antes había sucedido con el actor *Valero*, y sobre quien debía recaer la responsabilidad de aquél desmán. Yo le manifesté lo poco que me era conocido, y que no podía designar persona ó personas que fuesen los iniciadores del atropello; solo si que los individuos de la Junta lo habíamos sentido en extremo, y que la concurrencia estaba formada en su mayor parte de magnates de la corte, Guardia Real, etc. «Pues bien, a pesar de esto, dijo Barrafon, yo tengo orden expresa de S. M. para arreglarlo (y entonces me contó la queja producida por *Valero* ante la Real presencia), y en su consecuencia, prevengo a V. para que lo ponga en conocimiento de la Junta, a fin de que el insultado reciba una justa satisfacción, que es la voluntad de S. M. que para el baile de mañana la Junta *invite oficialmente a Valero* remitiéndole su *billete personal*, y V. me dará cuenta de haberlo verificado en los términos que expresa esta comunicación.

Quando regresé a la Junta, que tenía sus reuniones en la casa del Conservatorio de Artes, calle del Turco, y puse en su conocimiento la orden terminante de la autoridad, se armó una de mil demonios entre sus individuos, entre los cuales había varios de *cabeza caliente*; pero todo fue inútil; S. M. lo manda, y aquí traigo la orden del Corregidor; couque no hay más remedio que cumplirla, y remitir a *Valero* su billete con el correspondiente oficio. Hizose así y llegada que fue la noche, se presentó *Valero* en la sala, de frac como en la anterior, paseó dos ó tres veces el salón en distintas direcciones y to-

do el mundo calló, sin decir *esta boca es mía*.

ECOS DE MADRID

15 de Enero de 1891

El invierno que vamos pasando, Dios sabe como dejará dolorosos recuerdos. La muerte no está ociosa y lo mismo elige sus víctimas en los confortables y espléndidos palacios que en los miserables albergues donde habitan los pobres en compañía de las intemperies.

De pronto, en el espacio de veinticuatro horas han sucumbido el eminente estadista D. Manuel Alonso Martínez, el gran artista de los actores españoles D. José V. Jere, un hijo del acaudalado industrial D. Matías López, la hermana del distinguido periodista D. José Gutiérrez Abascal (que se yo! Y si se cuentan los infinitos seres no menos queridos y llorados en el seno de la vida íntima, el cuadro es verdaderamente aterrador.

Pero en medio de tantas desventuras ofrece al alma algún consuelo el espíritu de justicia que inspiran estas desgracias a lo que en estos casos mucho mejor que en otros podemos llamar la opinión pública.

Ante la muerte se estingue la pasión y solo queda el sentimiento, un sentimiento puro y desinteresado y gracias a él se hace justicia por todo el mundo a los que envuelve la muerte con su magestuoso sudario.

¿Cuántos atques ha sufrido el señor Alonso Martínez en su activa vida! ¿Cómo se ha desencadenado contra él la pasión política! Era hombre de claro y profundo talento; era por su inteligencia, su palabra y por su laboriosa consiencia un temible adversario y necesitado una enérgica resistencia, para salir triunfante. Apenas ha bajado al sepulcro hasta sus más encarnizados enemigos le hacen justicia y proclaman lo que antes ocultaban. Alonso Martínez, el político tan temido, era en la vida íntima un hombre sencillo, afetuoso, amante de su familia. De modesta posición en los comienzos de su carrera, para llegar a los más altos puestos,

—59—

expansivo, tan oportuno, que en nada se había traducido en sus cartas, se prendaba de él y sentíase embargado por una poderosa sensación, mezcla indefinible de placer, orgullo y alegría; así fue que al separarse para irse cada uno a su cuarto, el hijo se inclinó para besarle la mano y el padre recibíéndole en sus brazos lo estrechó en ellos con efusión, rozándole después la frente con sus labios.

Hizoseles a padre é hijo muy breve el tiempo que pasaron juntos: Arias que no poseía más que su retiro, hallábase en cuanto a bienes de fortuna lo mismo que sus antecesores; pero apesar de su más que modesta medianía, hizo a su hijo muy buenos regalos, y entre ellos fue su soberbio caballo cordobés y su reloj con un sello antiguo de gran mérito. El hijo no le dejó al padre más que su recuerdo, y por cierto que éste le guardó grabado en el corazón y en su memoria.

A su regreso a Olivenza escribió Mauricio, contestóle su padre y se estableció entre ambos una correspondencia frecuente y agradable, expresión sincera de un afecto que después de renacer y vigorizarse estrechaba la confianza solidificándole el aprecio, mas el

que pudiera disponer de sí por sí, pero que indicado su deseo iría a besar su mano y a pasar a su lado la mitad de sus vacaciones.

Para realizar su ofrecimiento, Mauricio que no amaba a su padre porque no le conocía—sólo conservaba un recuerdo suyo—ni había recibido de él, sparte de la vida, más que unas cuantas cartas un poco frias; ni sabía de él más que lo que un odio rencoroso le había querido decir; tuvo que sostener largos debates con su abuelo que ni quería consentir en que fuese, ni venía en facilitarle los medios para ello, aglomerando obstáculos cuando los pretextos faltaban, pero con su decisión lo venció todo y en Agosto partió para Sevilla.

El primer abrazo fue glacial; eran dos hombres que se veían, podía decirse, por primera vez; mas a la noche el padre paseando por las delicias del brazo de su hijo, sentía tan viva y grata complacencia, que su corazón gozaba en toda su plenitud la felicidad que había muerto con su tierna Luz; y Mauricio contemplándole con su caballo negro y ondulado, su mirada expresiva hasta ser ardiente y apasionada, su graciosa sonrisa y su natural distinción; contemplando, en fin, aquel andaluz tan fino, tan

—58—

VII

Donde se queda todo en su lugar

Los acontecimientos políticos del año cuarenta volvieron a impactar desagradablemente en el destino de Arias. Mandaba un regimiento, le separaron y pidió su retiro. Diéronsele y fue a establecerse a Sevilla, su país natal y del que faltaba veinte años. Cuarenta contaba a la sazón, su hijo catorce, y ya iba para siete que no le había visto ni tenía de él mas noticias que las que le suministraban cuatro cartas escritas al año y eran en verdad tan laconicas, tan medidas, tan sujetas a fórmulas estrictas de política y respeto, que no le daban más que una seguridad: la de su existencia.

El abuelo, que se consumía sin debilitarse, que ya no era más que un vaso resquebrajado